

PARAISO

CANTO PRIMERO

La gloria de Aquel que todo lo mueve se difunde por el universo, y resplandece en unas partes más y en otras menos. Yo estuve en el cielo que recibe mayor suma de su luz, y vi tales cosas que ni sabe ni puede referirlas el que desciende de allá arriba; por que nuestra inteligencia, al acercarse al fin de sus deseos, profundiza tanto, que la memoria no puede volver atrás. Sin embargo, todo cuanto mi mente haya podido atesorar de lo concerniente al reino santo, será después objeto de mi cántico.

¡Oh buen Apolo! Haz de mí para este último trabajo un vaso lleno de tu valor, tal como lo exiges para conceder tu laurel amado; - pues si hasta aquí tuve bastante con una cima del Parnaso, ahora necesito las dos para entrar en el resto de mi carrera.⁷⁹ Entra en mi seno, e inspírame el aliento de que estabas poseído cuando sacaste los miembros de Marsias fuera de su piel.⁸⁰

¡Oh divina virtud! Si te prestas a mí, de modo que yo pueda poner de manifiesto la sombra del reino bienaventurado estampada en mi cabeza, me verás acudir a tu árbol querido y coronarme entonces de aquellas hojas; pues el asunto de mi canto y tu favor me harán digno de ello.

Tan pocas veces, ¡oh Padre!, se recoge el lauro del triunfo, ya como César, ya como poeta (por culpa y vergüenza de la humana -- voluntad), que cuando alguno arde en deseos de alcanzarlo, el follaje penéico debería difundir la alegría en la feliz deidad délfica.⁸¹ A una pequeña chispa sigue una gran llama: quizá después de mí habrá quien ruegue con mejor voz para que responda Cirra.

La lámpara del mundo se presenta a los mortales por diferentes -- aberturas; pero cuando se deja ver por aquélla en que se unen -- cuatro círculos formando tres cruces, entonces sale con mejor curso y con mejor estrella, y modela y sella más a su modo la cera de nuestro mundo. Por aquella abertura se había hecho allí de -- día, y aquí de noche: casi todo aquel hemisferio estaba ya blanco, y la otra parte negra, cuando vi a Beatriz vuelta hacia el --

lado izquierdo, mirando al Sol; jamás lo ha mirado un águila con tanta fijeza. Y así como un segundo rayo sale del primero, y se remonta a lo alto, semejante al peregrino que quiere volverse, así la acción de Beatriz, penetrando por mis ojos en mi imaginación, originó la mía, y fijé los ojos en el Sol contra nuestra costumbre. Muchas cosas son allí permitidas a nuestras facultades, que no lo son aquí, por ser aquel lugar creado para residencia propia de la especie humana. Me fue imposible mirar por mucho tiempo al Sol; pero no tan poco, que no le viera centellear en torno suyo, como el hierro que sale candente del fuego; y de pronto me pareció que un nuevo día se unía al día, como si Aquel que puede hubiese adornado el Cielo con otro Sol.

Beatriz miraba fijamente las eternas esferas, y yo fijé mis -- ojos en ella, desviándolos de allá arriba: contemplándola, me transformé interiormente, como Glauco al gustar la hierba que le hizo en el mar compañero de los otros Dioses.⁸² No es posible significar con palabras el acto de pasar a un grado superior la naturaleza humana; pero baste el citado ejemplo a quien la gracia divina reserve tal experiencia.

¡Oh Amor, que gobiernas el cielo! Tú, que me elevaste con tu luz, sabes si yo era entonces solamente aquella parte de mí -- que primero creaste. Cuando la rotación de los cielos, que eternizas por el deseo que éstos tienen de poseerte, atrajo mi atención con su armonía, que regularizas y distribuyes, me pareció que entonces se encendía con la llama del Sol tanto espacio -- del cielo, que ni las lluvias ni los ríos han ocasionado jamás tan extenso lago. La novedad de los sonidos y tan gran resplandor me abrasaron de tal modo en el deseo de conocer su causa, -- que jamás he sentido tan punzante aguijón. Así es que Ella, -- que veía mi interior como yo mismo, abrió su boca para calmar mi excitado ánimo, antes que yo la abriera para preguntarle, y empezó a decir:

-Tú mismo te atontas con tus falsas ideas, de tal modo que no ves lo que verías si las hubieras desechado. No estás ya en la Tierra, según te figuras: el rayo, huyendo de la --

región donde se forma, no corre tan velozmente como tú asciendes hacia ella.

Si vi desvanecida mi primera duda, gracias a sus palabras son -- rientes y breves, me vi en cambio más envuelto en otra nueva, y dije:

-Ya me contemplo con placer libre de mi primitiva admiración; -- mas ahora me asombra cómo es que puedo atravesar por entre estos cuerpos leves.

Por lo cual Beatriz, lanzando un piadoso suspiro, dirigió hacia mí sus ojos con aquel aspecto de que se reviste la madre al oír un desvarío de su hijo, y repuso:

-Todas las cosas guardan un orden entre sí; y este orden es la -- forma, que hace al universo semejante a Dios. Aquí ven las altas criaturas el signo de la eterna sabiduría, que es el fin para -- que se ha creado el orden antedicho. En el de que hablo, todas -- las naturalezas propenden y, según su diversa esencia, se aproxima más o menos a su principio. Así es que se dirigen a diferentes puertos por el gran mar del sér, y cada una con el instinto -- que se le concedió para que la lleve al suyo. Este instinto es -- el que conduce al fuego hacia la Luna; el que promueve los primeros movimientos del corazón de los mortales, y el que concentra y hace compacta a la Tierra. Y este arco se dispara, no tan sólo contra las criaturas desprovistas de inteligencia, sino contra -- las que tienen inteligencia y amor. La Providencia, que todo lo ordena, hace con su luz que esté tranquilo el cielo en el que -- gira aquel que tiene mayor velocidad: allí es donde ahora, como a sitio designado, nos lleva la virtud de la cuerda de aquel -- arco ⁸³ que dirige todo cuanto despide hacia un objeto agradable. Bien es verdad que, así como la forma no guarda muchas veces armonía con las intenciones del arte, porque la materia es sorda -- para contestar, así de esta dirección se desvía tal vez la -- criatura que tiene el poder de inclinarse hacia otro lado, por -- más que esté impulsada de aquel modo, y cae (como se puede ver -- caer al fuego desde una nube), si su primer impulso la tuerce hacia la tierra por un falso placer. No debes, pues, a lo que pienso,

admirarte más de tu ascensión, que de ver a un río descender desde lo alto de una montaña hasta su base. Lo maravilloso -- en ti sería que, libre de todo obstáculo, te hubieras sentado abajo, como lo sería el que la viva llama permaneciese -- quieta y apegada a la tierra.

Dicho esto, elevó sus ojos al Cielo.

CANTO SEGUNDO

¡Oh vosotros, que, deseosos de escucharme, habéis seguido en una pequeña barca tras de mi bajel que navega cantando; virad para ver de nuevo vuestras playas! No os internéis en el piélago, porque quizá, perdiéndome yo, quedaríais perdidos. El agua por donde sigo no fue jamás recorrida; Minerva sopla en mi vela. Apolo me conduce y las nueve Musas me enseñan las Osas. Y vosotros los que, en corto número, levantasteis ha tiempo las miradas hacia el pan de los ángeles,⁸⁴ del cual se vive aquí pero sin que nadie quede harto, bien podéis dirigir vuestra nave por el alta mar, siguiendo mi estela sobre el agua que se reúne en breve. Aquellos gloriosos héroes⁸⁵ que pasaron a Colcos no se admiraron cuando vieron a Jasón convertido en boyero, como os admiraréis ahora vosotros. La innata y perpetua sed del dei forme reino nos hacía ir tan veloces, como veloz vais al mismo cielo. Beatriz miraba hacia arriba, y yo la miraba a ella; y quizá en menos tiempo del en que se coloca un dardo, y se despide del arco y vuela, me vi llegado a un punto donde una cosa admirable atrajo mis miradas; por lo cual, Aquélla para quien no podían estar ocultos mis sentimientos, vuelta hacia mí, tan agradable como bella, me dijo: -Eleva tu agradecida mente hacia Dios, que nos ha transportado a la primera estrella.⁸⁶

Parecíame que se extendiese sobre nosotros una nube lúcida, densa, sólida y bruñida, como un diamante herido por los rayos del Sol. La eterna margarita nos recibió dentro de sí; como el agua que, permaneciendo unida, recibe un rayo de luz. Si yo era cuerpo, y si en la Tierra no se concibe cómo una dimensión⁸⁷ pueda admitir a otra, según debe suceder si un cuerpo penetra en otro, debería abrasarnos mucho más el deseo de contemplar aquella esencia, en que se ve cómo Dios y nuestra naturaleza se unieron.⁸⁸ Allí se verá esto que creemos por la fe; pero sin demostración alguna, pues será conocido por sí mismo, como la primera verdad en que el hombre cree. Yo respondí:

-Señora, con tanto reconocimiento como cabe en mí, doy gracias a Aquel que me ha alejado del mundo mortal. Pero decidme: ¿qué son las obscuras señales de este cuerpo, que allá abajo en la Tierra dan ocasión a algunos para inventar patrañas sobre Caín?⁸⁹

Sonriose un poco, y me dijo:

-Si la opinión de los mortales se extravía donde la llave de los sentidos no puede abrir, no deberían en verdad punzarte desde -- ahora las flechas de la admiración; pues ves que, si la razón -- sigue a los sentidos, debe tener muy cortas las alas; pero dime -- qué es lo que tú piensas con respecto a esto.

Le contesté:

-Lo que aquí arriba me parece de diferente forma, creo que deber ser producido por cuerpos enrarecidos y por cuerpos densos.

Ella repuso:

-Verás de un modo cierto que tu creencia está basada en una idea falsa, si escuchas bien el argumento que voy a oponerte. La octava esfera os muestra muchas luces, las cuales puede verse que -- presentan aspectos diferentes así en calidad como en cantidad. -- Si esto fuera efecto solamente del enrarecimiento y la densidad, en todas ellas habría una sola e idéntica virtud, aunque distribuida en más o menos abundancia y proporcionalmente a sus respectivas masas. Siendo diversas las virtudes, necesariamente han de ser fruto de principios formales; y éstos, menos uno, quedarían destruidos por tu raciocinio. Además, si el enrarecimiento fuese la causa de aquellas manchas acerca de las cuales me preguntas, -- entonces, o el planeta estaría en algunos puntos privado de su materia de parte a parte, o bien del modo que en un cuerpo alternan lo graso y magro, así el volumen de éste se compondría de hojas diferentes. Si fuese cierto lo primero, se manifestaría en los eclipses de Sol, porque la luz de éste pasaría a través de la Luna, como atraviésa por cualquier cuerpo enrarecido. Esto no es así: por lo tanto hemos de examinar el otro supuesto; y si -- llego también a anularlo, verás demostrado lo falso de tu opinión.

Si ese cuerpo enrarecido no llega de un lado a otro de la Luna, es preciso que termine en algún punto donde su contrario no de je pasar la luz, y que el otro rayo reverbere desde allí, como el color se refleja en un cristal que está forrado de estaño. Pero tú dirás que el rayo aparece aquí más obscuro que en otras partes, porque se refracta desde mayor profundidad. De esta réplica puede librarte la experiencia, si haces uso de ella alguna vez, por ser la fuente de donde manan los arroyos de vues - tras artes. Toma tres espejos: coloca dos de ellos delante de ti a igual distancia, y el otro un poco más lejos: después fija tus ojos entre los dos primeros. Vuelto así hacia ellos, - dispón que a tu espalda se eleve una luz que ilumine los tres - espejos, y vuelva a ti reflejada por todos: entonces, aun cuando la luz reflejada sea menos intensa en el más distante, ve - rás que resplandece igualmente en los tres. Desvanecido ya el primer error de tu entendimiento, como a impulso de los cáli - dos rayos se desvanecen el color y el frío primitivos de la -- nieve, quiero mostrarte ahora una luz tan viva, que apenas aparezca sentirás sus destellos. Dentro del Cielo de la divina - paz ⁹⁰se mueve un cuerpo, en cuya virtud reside el sér de todo su contenido. El Cielo siguiente, ⁹¹que tiene tantas estrellas, distribuye aquel sér entre diversas esencias, distintas de él - y que en él están contenidas. Los demás cielos, ⁹²por varios y diferentes modos, disponen para sus fines aquellas cosas dis - tintas que hay en cada uno y sus influencias. Estos órganos - del mundo van así descendiendo de grado en grado, como ahora - ves, de suerte que adquieren del superior la virtud que comuni - can al inferior. Repara bien cómo voy por este camino hacia la verdad que deseas, a fin de que después sepas por ti solo ven - cer toda dificultad. El movimiento y la virtud de las sagradas esferas deben proceder de los bienaventurados motores, ⁹³como -- del artifice procede la obra del martillo. Aquel cielo, al que tantas luces hermocean, recibe forma y virtud de la intelligen - cia profunda que lo mueve, y se transforma en su sello, Y así - como el alma dentro de vuestro polvo se extiende a los diferen - tes miembros, aptos para distintas facultades, así la inteli - gencia ⁹⁴despliega por las estrellas su bondad multiplicada, - girando sobre su unidad. Cada virtud se une de distinto modo - con el precioso cuerpo ⁹⁵a quien vivifica, y en el cual se in -

funde como en vosotros la vida. Por la plácida naturaleza de donde se deriva, ⁹⁶esa virtud mezclada a los cuerpos celestes brilla en ellos, como la alegría en una pupila ardiente. De - ella procede la diferencia que se observa de luz a luz, y no - de los cuerpos densos y enrarecidos; ella es el principio formal que produce lo obscuro y lo claro, según su bondad.

CANTO TERCERO

Aquel Sol que primeramente abrasó de amor mi corazón⁹⁷ me había descubierto, con sus pruebas y refutaciones, el dulce aspecto de una hermosa verdad; y yo, para confesarme desengañado y persuadido, levanté la cabeza tanto como era necesario, a fin de declararlo resueltamente. Pero apareció una visión, la cual -- haciéndose perceptible me atrajo de tal modo hacia sí, que ya no me acordé de mi confesión. Así como a través de cristales tersos y transparentes, o de aguas nítidas y tranquilas, aunque no tan profundas que se oscurezca el fondo, llegan a nuestra vista las imágenes tan debilitadas, que una perla en una frente blanca no la distinguirían más débilmente nuestros ojos, así vi yo muchos rostros prontos a hablarme; por lo cual caí en el error contrario a aquel que inflamó el amor entre un hombre y una fuente.⁹⁸ En cuanto las distinguí, creyendo que fuesen imágenes reflejadas en un espejo,⁹⁹ volví los ojos para ver los -- cuerpos a que correspondían; y como nada vi, los dirigí de nuevo hacia delante, fijándolos en mi dulce Guía, que sonriéndose despedía vívidos destellos de sus santos ojos.

-No te asombres porque me sonría de tu pueril pensamiento-me dijo-; pues no se apoya todavía tu pie sobre la verdad, y como de costumbre, te inclina a las ilusiones. Esas que ves son verdaderas substancias,¹⁰⁰ relegadas aquí por haber faltado a sus votos. Por consiguiente, habla con ellas, y oye y cree lo que te digan; pues la verdadera luz que las regocija no permite -- que se tuerzan sus pasos.

Y yo me dirigí a la sombra que parecía más dispuesta a hablar, y empecé a decirle, como hombre a quien su mismo deseo le quita el valor:

--¡Oh espíritu bien creado, que bajo los rayos de la vida eterna sientes la dulzura que no se comprende nunca si no se ha -- gustado! Me será muy grato que te dignes decirme tu nombre y -- cuál es vuestra suerte.

A lo que contestó pronta y con risueños ojos:

-Nuestra caridad nunca cierra sus puertas a un deseo justo, -- siendo como aquélla que quiere que se le asemeje toda su corte.¹⁰¹ Yo fui en el mundo una virgen religiosa; y si tu mente me contempla bien, no me ocultará a tus recuerdos el ser hoy la más bella, sino que reconocerás que yo soy Piccarda:¹⁰² colocada aquí con estos otros bienaventurados, soy como ellos -- bienaventurada en la esfera más lenta. Nuestros afectos a -- quienes sólo inflama el amor del Espíritu Santo, se regocijan en el orden designado por él, y nos ha cabido en suerte este sitio que parece tan bajo, porque descuidamos nuestros votos, y en parte no fueron observados.

A lo que le contesté:

-En vuestros admirables rostros resplandece no sé qué de divino, que cambia el primer aspecto que de vosotras se ha conservado. Por eso no fui más presto en recordar; pero ahora viene en mi ayuda lo que tú me dices, de suerte que me es más fácil reconocerte. Mas dime: vosotras que sois aquí felices ¿deseáis estar en otro lugar más elevado para ver más o para haceros -- más amigas?. Sonriose un poco mirando a las otras sombras, y en seguida me respondió tan placentera, que parecía arder en el primer fuego del amor:

-Hermano, la virtud de la caridad calma nuestra voluntad, y esa virtud nos hace querer solamente lo que tenemos, y no apetecer nada más. Si deseáramos estar más elevadas, nuestro -- anhelo estaría en desacuerdo con la voluntad de Aquél que nos reúne aquí; desacuerdo que no admiten las esferas celestiales, como verás si consideras bien que aquí es condición necesaria estar unidas a Dios por medio de la caridad, y la naturaleza de esta misma caridad. También es esencial a nuestra existencia bienaventurada uniformar la propia voluntad a la de Dios, de modo que nuestras mismas voluntades se refundan en una. -- Así es que al estar como estamos, distribuidas de grado en grado por este reino, place a todo él, porque place al Rey cuya voluntad forma la nuestra. En su voluntad está nuestra paz; -- ella es el mar adonde va a parar todo lo que ha creado, o lo que hace la naturaleza.